

Para Nico, Elliott y Carlo.

A mi hermana Lola.

Despertó a oscuras, tirada en el suelo. Se incorporó apoyándose en un brazo. La luz regresó gradualmente. Escuchó a alguien golpear rítmicamente los interruptores y la tienda se iluminó por fases. Recibió el exceso de brillos y de colores como una patada. Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Permaneció así un rato, incapaz de abrirlos. Le vino a la cabeza la última vez que había estado allí con su hija, probándose tiaras de princesa. Se refugió unos minutos en ese recuerdo. Las risas y la vocecita de su hija pidiéndole que le comprara media tienda habían sido sustituidas por un pitido incómodo. Sin abrir los ojos, se sentó con mucha dificultad. Cuando finalmente se atrevió a abrirlos, la imagen del escaparate que tenía enfrente terminó de destrozarla. Los tutús de bailarina de las hileras de arriba estaban salpicados de sangre, también algunas alas de mariposa y las orejeras blancas y rosas de peluche. Sentada en el suelo, no podía dejar de mirar las gotas de sangre, lanzadas sin piedad sobre ese escaparate de fantasía que había recorrido y estudiado tantas veces con su hija. Las alas que les gustaba probarse para hacerse fotos, también las mochilas con forma de osito y las antenas con pompones, ahora estaban sucias, rígidas por la sangre reseca. Le dio mucha pena. Esa imagen de Claire's, la tienda favorita de su hija, un lugar donde la bisutería barata se convertía en alta joyería cuando Brigitte se

la probaba, la entristeció más que lo que le estaba pasando. Más que su suerte.

Sintió un dolor brutal en la cabeza. Se llevó las manos y frenó en seco antes de tocársela. Le daba miedo que no estuviera, o que no estuviera entera. Miró al frente y a los lados. A la derecha vio su reflejo en uno de esos espejos para calzado en los que las chicas comprueban cómo les quedan las bailarinas de fantasía. La cabeza estaba, pero desde ahí se veía el pelo enmarañado y la cara como un borrón oscuro. Se arrastró hacia el espejo como pudo. Le faltaba el aire y se sentía más débil que nunca. Vio que tenía la cara ensangrentada y las orejas agujereadas, llenas de pendientes. Contó hasta nueve aros de distintos tamaños. Cinco en una oreja y cuatro en la otra. Juraría que eran plateados, pero no podía asegurarlo porque todo estaba cubierto de sangre reseca. Tenía costras marrones y negras que indicaban que la sesión de *piercing* había sido hacía un buen rato, poco higiénica y bastante cruel.

Se giró al escuchar tararear a alguien, y la vio.

La niña estaba allí.

22 de diciembre

Tres días antes de Navidad

1

Los niños de preescolar iban disfrazados de ángeles. Llevaban alas de cartulina y algodón, una corona dorada y purpurina en los mofletes. La idea era que todo fuese blanco inmaculado, símbolo de pureza, pero algún pantalón beis del Decathlon y varias camisetas gastadas impedían que la escena fuera impoluta. Brisa buscó a su madre con la mirada mientras recitaba el poema de Navidad: *Sóc la reina de la casa i m'agraden els torrons, per Nadal us felicito amb un sac ple de petons!* La buscó nerviosamente entre las cabezas del público mientras fingía declamar, con una mímica tan torpe como divertida, los versos que llevaban semanas preparando en clase. Pero Brisa no encontró a su madre, así que decidió dejar de mirar.

Diana lo tenía todo organizado para llegar a tiempo al festival de Navidad de su hija. Como su novio iba a estar todo el día en Madrid y al niño lo recogía la mamá de un amiguito de clase, se había bloqueado desde hacía semanas la tarde para ir a la actuación y después llevar a Brisa a merendar. Tarde de chicas. Salió de casa con tiempo, contenta de haber enviado los artículos al periódico antes de que empezaran las fiestas. Incluso los de la semana siguiente. Era la primera vez en años que lo conseguía. Desde que era *freelance*, y de eso hacía mucho, no recordaba unas navidades sin tener que posponer las

compras, saltarse alguna sobremesa o perderse algún espectáculo infantil para encerrarse a escribir la crítica de alguna película absurda o salir a toda prisa a entrevistar a alguien muy poco interesante. Diana bajaba la calle Balmes radiante y más arreglada de lo normal, con intención de tomarse un cortado antes del espectáculo. Pero, a medio camino, se le dispararon los latidos en los oídos. No podía ser. No era verdad. No se había dejado la plancha del pelo encendida. Reconstruyó mentalmente lo que había hecho antes de salir de casa, pero era incapaz de verse a sí misma desenchufándola. Pensó que no pasaba nada, que aunque estuviera encendida, siempre la dejaba apoyada en el lavabo. No había peligro porque ahí no estaba en contacto con nada, y estaba segura de que el aparato tenía un termostato y se apagaba solo cuando estaba muy caliente. ¿Tenía un termostato? ¿Seguro? En realidad nunca se había fijado, y la plancha era bastante vieja. ¿Y si no había cerrado bien el grifo y goteaba sobre ella? ¿Y si la había dejado apoyada en la estantería, cerca de las toallas, en vez de en el lavabo? Dio media vuelta. Llamó a Carlos para contarle lo que le había pasado. Quería que cogiera el teléfono y le dijera lo que ella ya sabía: que no se había dejado la plancha encendida. Ni la plancha encendida ni la puerta abierta ni la llave sin echar. También quería que tomara por ella la decisión de no volver a casa para comprobarlo. Pero no contestó. Siguió subiendo Balmes a la carrera, llorosa y sofocada. Notaba el peso del maquillaje, un hormigueo desagradable en la cara, la camiseta térmica empapada y la saña con la que los botines nuevos le iban destrozando los meñiques. Más humillante que su progresiva descomposición, que la sensación de estar transformándose en un trapo, fue cruzarse con los padres de otros niños de la clase de Brisa, que habían salido de casa justos de tiempo pero iban a llegar antes que ella. Simuló que enviaba un mensaje con el móvil para evitar el contacto visual y que le dijeran que se había equivocado de dirección. Una broma

que en ese momento le parecía terrible, pero que ella misma le había hecho a algún padre que volvía apurado a casa a por la bolsa de piscina, o porque a su hijo le había dado un apretón justo en la puerta del colegio.

Llegó al portal exhausta. No olía a frito, no olía a quemado. Subió las escaleras ahogada y, antes de abrir la puerta, deseó que la plancha estuviera encendida y que algo, una toalla, un coiletero, empezara a arder en el preciso momento en que ella entrara por la puerta. Ansiaba una llamarada inofensiva, un fuego pequeño que ella pudiera extinguir fácilmente y demostrara que el regreso a casa no había sido absurdo, que igual se había perdido una parte del espectáculo pero había evitado una catástrofe. Entró. No había humo, no había fuego, no escuchó el clic del termostato. La plancha del pelo, que por supuesto no tenía termostato, estaba apagada, con el cable enroscado y a medio metro de todas y cada una de las cosas que había en el cuarto de baño. Todo estaba en orden. Todo había sido comprobado y más que comprobado una hora antes.

Diana llegaba al festival de Navidad tarde y con los meñiques pelados.

Al entrar por la puerta del colegio, sintió que la monitora que controlaba el acceso al teatro, perdida en sus pensamientos y deseando que acabara la función para irse a casa, la juzgaba por su demora. Tal cual: la estaba juzgando por su demora. Se le nublaron los ojos y le temblaron las piernas al escuchar desde el vestíbulo el poema de Navidad que Brisa llevaba semanas tarareando en casa. Tenía la esperanza de que la función hubiese empezado tarde, que primero actuaran los niños de otro curso. Pero no. Iba por orden de clases. Diana aceleró el paso. Al entrar en el teatro, vio a todos los niños a lo lejos, en el escenario, y ese mismo plano en chiquitito, multiplicado por cien, en las pantallas de los móviles de sus padres y de sus abuelos. No estaban las canguros con las que coincidía las tardes que iba a recoger a sus hijos, sino cuatro filas de familias

que habían llegado antes que ella. Sobre todo había madres. Madres que habían llegado a tiempo, serenas e impecables, con los meñiques suaves y perfectos. Después del poema, los niños se arrancaron con una versión infantil, en catalán y sutilmente religiosa de una canción de Taylor Swift. Algunos padres, los de siempre, rieron con ganas para dejar claro que habían identificado una canción que conocían hasta los extra-terrestres. Diana se sentó sola en la última fila, sin hacer ruido. Buscó a Brisa entre los huecos que dejaban los brazos de los padres que habían ignorado la indicación de no grabar con móviles el espectáculo. El escenario no estaba bien iluminado y todos los niños eran idénticos, pero no le costó localizar a su hija. No solo porque la habría encontrado hasta a oscuras, sino porque llamaba especialmente la atención. De hecho, se había convertido en la protagonista del espectáculo de Navidad. Brisa era la única niña que no cantaba. Cruzada de brazos, se había puesto como si fuera un antifaz la corona dorada que sus compañeros llevaban en la cabeza. Disgustada por no haber encontrado a su madre entre el público, se había borrado del espectáculo. Parecía una delincuente minúscula a la que, en una ronda de reconocimiento, habían tapado los ojos con una cinta de fantasía.

2

Alba planificaba el verano en enero, compraba muy baratos los billetes de avión para las vacaciones justo después de las uvas, aun sin saber los días de fiesta que le darían a su marido o si podrían permitírselas. En agosto preparaba la fiesta de Halloween, pedía a AliExpress todos los adornos que veía. Y en septiembre hacía las primeras compras navideñas. Así año tras año.

Abrió los ojos la primera. Miró a su alrededor. Eran las siete y media de la mañana pero todavía era noche cerrada. Solo iluminaba la habitación un punto de luz. Hizo un esfuerzo sobrehumano para sentarse en la cama sin que lo notara el bebé, estirado a su lado. Deslizó las piernas hacia el suelo, notó el frío del parqué en los pies y se levantó con movimientos de bailarina de danza contemporánea para no rozar nada, para que nada crujiera. Caminó descalza muy despacio hacia la puerta de la habitación mientras esquivaba los trastos del suelo. Estaba a punto de salir del cuarto y dejar atrás la habitación sin despertar a nadie, cuando le dio una patada a un cochecito y lo estampó contra la pared. No lo hizo sin querer. No tropezó. Vio perfectamente el juguete y lo chutó con todas sus fuerzas. Pensó que era alucinante que un objeto tan pequeño pudiera provocar un ruido tan grande. El resultado: todos despiertos dos minutos después que ella. Todos despiertos, en

tensión y sobresaltados, que era el estado natural de los que vivían en ese piso.

Juan se levantó de golpe. No ocultó su enfado porque no era la primera vez que le despertaban de un susto. Y sabía, aunque hacía la vista gorda, que el ruido que le había puesto en pie, a él y a sus tres hijos, no había sido accidental.

—Alba, abre a tu madre. Acaba de picar abajo —gritó Juan desde el baño.

—¿Seguro? Yo no he oído nada. Espero a ver si pican otra vez.

En unos minutos, el ruido infantil lo había dominado todo. El silencio de la mañana se había transformado en una sinfonía de gritos, lloros, quejas y todo tipo de peticiones.

Juan entreabrió la puerta del lavabo y asomó la cabeza.

—Que abras, Alba, que han picado seguro. Pobre mujer, que debe de hacer un frío que pela, encima recién levantada.

—Que yo no he oído nada. Me espero.

—¿Tanto te cuesta abrir?

—Que no voy a abrir sin estar segura de que han picado.

—¿Quién quieres que entre un miércoles a las siete de la mañana? —Juan volvió a cerrar la puerta del baño.

—No lo sé. Llama de una puta vez para que arreglen el interfono, que no se oye —respondió Alba en voz baja, casi para sí misma.

Sonó otra vez el timbre. A los pies del edificio, una construcción inmensa de cemento gris, uniforme y compacta, Carmen esperaba a que le abrieran la puerta. Hacía un frío polar. Tenía cara de sueño, iba menos abrigada de lo que debería para esa época del año y el pelo, que planeaba lavarse esa noche sin falta, le hacía una forma rara en la coronilla que le había dejado la almohada. El edificio era uno de los más nuevos de Cornellà, una mole construida a los pies de la Ronda de Dalt. Para Carmen, que vivía en el barrio desde que tenía veinticinco años, hacía ya casi cincuenta, era un sueño: los mejores pi-

sos de protección oficial de San Ildefonso. Recién estrenados, con el parqué impecable y con opción a compra en un futuro próximo con descuento del alquiler acumulado. En esas estaban Alba y Juan, a punto de firmar los papeles para quedarse con uno y comprar así su primer piso en el barrio en el que habían crecido y del que no habían salido nunca. Para cualquiera que hubiera vivido durante un tiempo, más o menos bien, lejos de allí, ese bloque, en cambio, era pura arquitectura soviética, una colmena de viviendas idénticas en la que, si te instalabas, te quedabas para siempre.

Para llegar hasta el piso de su hija pequeña, Carmen superaba a diario una gincana con un montón de obstáculos. Primero tenía que marcar un código en el portero automático, un código que le costó meses memorizar, y esperar a que le abrieran, no siempre a la primera. 119 + campana. Después tenía que atravesar un pasillo larguísimo en el que hacía frío incluso en verano. A continuación, volver a marcar el código y esperar otra vez a que le abrieran, que tampoco era siempre a la primera. 119 + campana. Por último, cogía el ascensor y, cuando llegaba a su destino, esperaba a que su yerno saliera a abrir la puerta de metal que daba acceso a la planta en la que vivían. Juan no siempre calculaba bien ese tiempo y una de las primeras imágenes que solía ver de buena mañana era la cara de su suegra enmarcada en la ventana ojo de buey de la puerta metálica. La cara de una mujer de setenta años que esperaba con los ojos hinchados a que su familia la acogiera con más exigencias que cariño. Esa mañana, Juan abrió la puerta del pasillo y besó a Carmen en la mejilla. Caminaron en silencio hacia el piso. Aún no habían llegado a la puerta cuando Alba, vestida con un pijama viejo y sin conjuntar, asomó la cabeza al pasillo y miró a su madre de arriba abajo.

—Mama, ¿qué haces sin calcetines? ¡Que hace mucho frío!

—Cómo no voy a llevar calcetines. Sí que llevo.

—¡No llevas nada! A ver.

—Ay la madre que me parió, Alba, ¡que sí que llevo! —Carmen, que no había llegado a entrar por la puerta, se descalzó con esfuerzo y dejó ver unos pinkies de media que apenas le cubrían los pies. Dispuesto a esquivar la primera discusión de la mañana, Juan entró en el piso y se despidió de los niños con un beso.

—Sí que llevo, ¡pero son de los transparentes!

—¡Y tan transparentes! Fíjate si son transparentes que no se ven. ¡Mama, te vas a poner mala! —Alba hablaba a gritos desde primera hora de la mañana. Y Carmen también. Era algo normal en la familia. No necesitaban estar completamente espabiladas ni llevar juntas mucho tiempo para desesperarse la una a la otra—. Juan, mira el iPhone, ¿qué grados hace?

—Tres grados —contestó mientras se ponía la chaqueta y cogía las llaves del coche. Su suegra se calzó enfadada y entró en la casa a la vez que él salía para no regresar hasta la noche. Cada mañana repetían el mismo cruce. Cada día el mismo relevo con pequeñas variaciones, a menudo aderezadas con broncas insignificantes.

—Mira no me grites ya de buena mañana, que el día es muy largo —dijo Carmen. A Alba le irritó muchísimo el tono lastimero de su madre. No podía soportar que se hiciera la víctima.

—Es que, mama, no te entiendo, vas a coger una pulmonía —refunfuñó mientras cerraba la puerta.

—Sí, voy a coger dos pulmonías. No una, dos —Carmen miró de reojo a su hija—. ¿Para qué echas la llave y los pestillos? ¡Anda! ¿La cadenita también? Qué manía tienes de encerrarte. Si pasa algo ¿qué hacemos?, ¿cómo salimos? Además, nos vamos ya.

—¿Ya? ¡Mira cómo están estos aún! No he preparado ni las mochilas.

—Pues prepáralas por la noche. De verdad, Alba, levantaos un poco antes que vamos siempre escopeteadas. —Sin quitarse

ni el abrigo ni el bolso, Carmen se agachó y recogió del suelo varias prendas infantiles. Sus tobillos desnudos quedaron al descubierto.

—Dime que Juan no se ha llevado mi móvil. —Alba recorrió nerviosa el comedor.

—Lo tienes ahí, encima de la mesa.

—Mama, ¡no te sientes ahí, que vienes de la calle!

—¿Que no me siente dónde?

—¡En el sofá!

—¿Si no me siento en el sofá dónde quieres que me siente?

—En el sofá, ¡pero te has sentado encima de la manta del bebé!

—¡Basta ya con las manías, Alba! ¡Que vengo directa de casa y llevo la ropa limpia! No me he sentado en ningún sitio.

—Joder, ahora tendré que volver a lavarla y con el frío que hace la ropa tarda mucho en secarse. —Alba tiró con brusquedad de la manta y Carmen levantó el culo.

Carmen acompañaba cada mañana a Alba a llevar a los niños al colegio. Y a recogerlos para comer. Y a volver a llevarlos por la tarde. Y a recogerlos otra vez. Y a llevarlos a extraescolares, tarea complicada porque cada niño las hacía en un sitio distinto y lo tenían que calcular muy bien para no entretenerse y que llegaran a tiempo. Era un tour agotador porque el colegio estaba en Esplugues, a una media hora de casa, y parte del trayecto lo hacían en autobús. Nadie había planteado la opción, infinitamente más razonable, de que Carmen se quedara con el bebé en casa mientras Alba llevaba a sus otros hijos a clase. Iban y venían todos los días los cinco en procesión, como una comuna *hippy*: la abuela, la madre, dos niños de siete y nueve años y un bebé de meses en un carrito. Cada trayecto era un espectáculo. Raro era el día que no había llantos, discusiones en el bus, momentos críticos por el olvido de alguna cosa (las batas del cole, las mochilas de gimnasia, los bocadillos), y pérdidas de nervios. Eso sin contar los números

de Alba cuando alguien les llamaba la atención en el autobús por el follón que montaban. Carmen pasaba por eso todo el curso escolar. Ese sacrificio, esa discreta vida de santa, era normal para ella y para Alba. Era la rutina de la mayoría de las abuelas del barrio. Eso sí, durante las vacaciones, los fines de semana y los días que su yerno tenía fiesta, Carmen se atrincheraba en su piso con el móvil apagado. A veces descolgaba el teléfono fijo y tapaba el auricular con un cojín.

Las combinaciones de personas en el barrio de San Ildefonso eran infinitas, pero había una que se imponía al resto y se había normalizado: abuela, hija y nietos, juntos a todas partes. La abuela aparecía siempre como una prolongación corporal de la madre, como un apéndice grande y obediente. Esas tres partes configuraban un único organismo, una medusa con muchos tentáculos. Una criatura, socialmente aceptada e integrada, que se multiplicaba en el barrio. Podías verla en los parques infantiles, en el mercado, en las puertas de los colegios, en las salas de espera de los ambulatorios. No era una plaga exclusiva del barrio, ni del extrarradio de Barcelona. Pero era más intensa en la periferia porque en el centro de la ciudad se alternaba más a las abuelas con las canguros. Y con la ayuda pagada no se generan vínculos tan estrechos porque se paga precisamente para eso, para delegar, para matar a la medusa. En San Ildefonso, sin embargo, era una epidemia, aunque no se vivía como tal. Nadie intentaba ponerle fin, nadie se preguntaba por qué esas mujeres jóvenes vivían enganchadas a sus madres, por qué tenían esa relación, más parasitaria que simbiótica, que trascendía la necesidad de ayuda con los niños. ¿Por qué eran incapaces de hacer las cosas solas? ¿Por qué las abuelas no se plantaban?

Superada la primera etapa de la tournée diaria, Carmen y Alba dejaban a los mayores en el colegio después de comer y cogían el TRAM hacia el centro comercial Finestrelles con el bebé. Para no volver a ir a casa, lo que suponía sumar dos viajes

a los cuatro que hacían a diario, solían hacer tiempo allí hasta la hora de salida de la escuela. Lo tenían solo a tres paradas. No era su rato de descanso, ni un momento de ocio. No tenía nada que ver con tomarse un café, mirar ropa tranquilamente o conversar. No era así porque Alba siempre tenía una misión. Nunca estaba en los sitios por estar, nunca iba a los sitios por ir, ni siquiera cuando eran lugares que visitaba con frecuencia. Siempre tenía algo que hacer, aunque a menudo los planes y las explicaciones de lo que tenía que hacer eran más laboriosos que lo que tenía que hacer en realidad. Y todo lo hacía con Carmen. Las pocas, poquísimas, veces que eso no podía ser porque su madre estaba indispuesta, liaba a otra persona para que la acompañara: el padre de Juan, su prima o alguna vecina. En esas ocasiones excepcionales le daba un poco igual quién fuese, no quería de ellos más que su compañía.

La misión de ese día era cambiar unos mandos de la Switch para su hijo mayor. Juan y ella los habían comprado hacía ya dos meses en el MediaMarkt de La Maquinista, el único centro comercial de Barcelona donde no acababa de sentirse cómoda. Le intimidaban sus dimensiones. Había leído que era el más grande de Catalunya y uno de los más grandes de España, y esa información la había desestabilizado. Al probar los mandos hacía una semana para envolverlos para Papá Noel, se habían dado cuenta de que uno no funcionaba. Esa excursión a Finestrelles tenía que ser el final feliz a siete días de llamadas y visitas a distintas tiendas de la misma cadena en busca de unos mandos que, según le habían dicho sucursal tras sucursal, llevaban dos semanas agotados. Alba estaba muy enfadada con todo: con ella misma por no haberlos probado antes, con los empleados de todos los MediaMarkt de España y con las prisas, porque solo tenía una hora para hacer todo lo que quería hacer, y una alergia que le tenía comidos los ojos.

Cuando nació el pequeño, la piel de los párpados se le había arrugado y escamado, y así seguía diez meses después. Ese

antifaz de ansiedad hacía que se viera siempre fea, pero solo le molestaba de verdad cuando le picaba. Ese día, por el estrés de las compras y los preparativos de las fiestas, la comezón era insoportable. En su momento, cuando apenas era una irritación, había *googleado* qué podría ser sin sacar ninguna conclusión que le convenciera y se había acercado al ambulatorio del barrio. Pero, como la doctora le había dicho que no podía tomar nada fuerte mientras diera pecho, algo que no había dejado de hacer desde hacía nueve años —incluida la etapa en la que gestó al segundo y amamantó al primero al mismo tiempo—, lo había dejado pasar. Las supuestas exigencias de la maternidad siempre posponían lo que tenía que ver exclusivamente con ella. Solo su hermana mayor, Diana, insistía en que tenía que ir a un especialista y le había enviado varias veces por WhatsApp el contacto de su dermatólogo. Pero no le había hecho caso, y el resto de su entorno había asumido que eso ahora no era importante, que no era prioridad, hasta el punto de mirarla y no darse cuenta de que se le caían los ojos a trozos. Antes de esa alergia, y en casi una década encadenando embarazos, partos y periodos de lactancia, había sufrido otras reacciones, unas más sutiles que otras: ojeras violáceas, casi tornasoladas, eccemas en distintas partes del cuerpo, caída preocupante del cabello, uñas quebradizas... Pero, excepto Diana, nadie de su entorno le daba importancia. No lo veían, creían que era normal, que venía incluido en el paquete maternidad. Alba lo había naturalizado hasta reconocerse en la cara de una mujer joven, de treinta y siete años, con los ojos en carne viva.

Entraron en el centro comercial como siempre. Alba delante, empujando el carrito, y Carmen unos pasos atrás, resignada. Quedaban solo tres días para Navidad, pero en el Fines-trelles no había demasiada gente. Y la que había eran réplicas exactas de ellas, reflejos más o menos nítidos, enfadados y gritones de esas dos mujeres. Bajaron a la planta cero por las esca-

leras mecánicas con el carrito en volandas para no tener que ir a buscar el ascensor. Una vez allí, con disimulo, Alba atravesó la entrada del MediaMarkt y salió para volver a entrar con total naturalidad, como si no supiera que su madre la había visto. Carmen conocía la manía de su hija de atravesar dos veces una puerta o un arco antes de quedarse dentro. Se sabía casi todas sus supersticiones y manías, que eran muchas, porque pasaba todo el día con ella. Y porque, si hicieran una competición, empatarían y verían que compartían muchas. Todas las mujeres de la familia, sin excepción, tenían manías y eran muy supersticiosas. Diana llevaba tiempo segura de eso y, hacía un par de años, en el funeral de su padre, se había propuesto comprobarlo. Como ejercicio para espantar el desconcierto ante una muerte súbita, se había dedicado a observar en el velatorio y durante el funeral a todas las mujeres de la familia de su madre, de las tías más directas a las primas más lejanas, de las más mayores a las más jóvenes, de las que habían seguido la tradición del sacrificio a las pocas que habían roto con ella. Había contado veintitrés manías evidentes, muy claras. Una la compartían todas: chocaban los zapatos por detrás cada vez que alguien decía la palabra *muerte*. La más sofisticada solo se la vio a las primas mellizas de Madrid. Antes de beber agua lanzaban disimuladamente un beso al aire. A Diana le encantó.

—A ver si nos da tiempo de comprar lo del *Caga Tió* —dijo Alba apurada.

—Alba, por favor, que aún no has hecho una cosa y ya estás pensando en otra. ¿No ibas a cambiar los mandos? No me marees más, que llevamos todo el día dando vueltas.

—¿Qué mareo? ¿Qué vueltas? —dijo alzando la voz.

—No me levantes la voz.

—¿Qué quieres? Es Navidad. Habrá que comprar los regalos, ¿no?

—Alba, por Dios, que llevas comprando regalos desde agosto. No sé para qué compras tantas cosas con todo lo que tienen,

está la casa que parece el Toys “R” Us. Tienes los armarios a reventar, van a acabar viendo los paquetes.

—No hay tantas cosas. Otros años hemos comprado muchas más.

—Eso es verdad. Tienen juguetes del año pasado con los que ni han jugado. Estoy segura de que si vuelves a envolverlos no se dan cuenta de que son suyos.

—Pues aún me faltan cosas.

—Pues te vienes mañana con Juan cuando *plegue* y las compras.

—Mañana es mi cumpleaños.

—Pues pasado. A mí no me líes más, que estoy cansada de dar vueltas.

—Pasado, dice. ¿En Nochebuena? Ni loca, ¿tú sabes la gente que habrá? —Alba miró a Carmen de reajo, con un punto de desprecio.

—No me mires así. Habrá gente a última hora, pero, desde las dos que sale Juan de trabajar hasta la hora de la cena, fíjate si tienes tiempo.

Si el centro comercial estaba prácticamente desierto era porque todo el mundo se había metido en el MediaMarkt. Y, como suele pasar en los momentos más críticos del año, la proporción entre clientes y empleados estaba totalmente desajustada. Los primeros quintuplicaban a los segundos. Y los segundos se movían como colibríes por los pasillos, mirando al frente y evitando el contacto visual con los primeros. Además, si ya se les daba bien hacerse los sordos el resto del año, en navidades eran especialistas. Durante diez minutos, Alba y Carmen persiguieron por los pasillos de la tienda a uno de los dependientes, un chico de unos veinte años con el uniforme ennegrecido y una patilla de las gafas enganchada con esparadrapo. Cada vez que lograban alcanzarle y estaban a punto de conseguir que les mirara, se les escurría o se les adelantaba alguien con más morro que ellas. Cansada, Carmen caminó hacia

la zona de los televisores, más despejada, y sin decirle nada a su hija, se sentó. Al darse cuenta de su ausencia, Alba buscó a su madre nerviosamente con la mirada. La imagen de Carmen, recortada contra los espectaculares fondos de pantalla de las televisiones en 4K, de colores imposibles e insultantemente nítidos y luminosos, tenía un efecto cómico. Alba caminó hacia ella con el carrito.

—Mama, ¿qué haces?

—Sentarme. No aguanto más. Me duelen los pies. No ves que no nos hacen ni puto caso.

—¿De dónde has sacado esa silla?

—¿Cómo que de dónde he sacado la silla?

—Esa silla, que de dónde es.

—Ay, yo qué sé, pues de aquí. ¿De dónde va a ser?

—Mama, esa silla no es de aquí. No ves que solo hay una en toda la tienda. Mira, es azul y aquí es todo rojo. Es una silla de escritorio. Igual es de alguien que la ha comprado en otro sitio y la ha dejado aquí mientras le atienden.

—Pues mira, mejor, así le digo si es cómoda antes de que se la lleve a casa.

—Mama, levántate. —Alba miró alrededor por si alguien las observaba y se agachó para comprobar si la silla llevaba algún envoltorio o alguna etiqueta colgando.

—¿Qué haces? ¡Ay, la madre que me parió! ¡No me lo puedo creer! ¡Alba, por Dios, claro que es de aquí!

—Mama, que te levantes, ¡que no es de aquí! ¡Que lleva una bolsa de El Corte Inglés enganchada en la base!

—Que no me levanto.

—¡Además, aquí no van a venir a buscarnos! ¿No ves que han pasado de nuestra cara? Si estamos escondidas no nos van a ver.

—¿Escondidas? ¡Pero si estamos en medio de la tienda!

—Carmen se giró un segundo y vio un banco de medusas luminiscentes a sus espaldas—. Además, hay una vieja haciendo

submarinismo al lado de los televisores, en algún momento se van a dar cuenta.

—Qué idiota eres. —A Alba le hizo gracia el comentario de su madre, pero disimuló por orgullo—. ¡Que no nos ven, que solo miran al frente y pasan de largo!

—Mira, Alba, ve tú, yo ya estoy cansada.

—Pues no sé de qué. —Carmen la fulminó con la mirada. Alba se agachó, abrió la cremallera del cuco y sacó al bebé del carrito.

—¡Pero ve tú sola! ¿Para qué sacas al niño del carro si está ahí la mar de bien, tan calentito? ¿Para qué lo despiertas tontamente? Ahora va a estar llorando todo el rato.

—Porque tiene que comer.

—¿Otra vez? ¡Tanta teta! ¡Lo vas a cebar! Se te va a poner gordo de lo pesada que eres.

Alba se abrió el abrigo, se subió el jersey y se sacó una teta sin ningún pudor. Se enganchó al bebé y, en ese movimiento, dejó al descubierto su barriga, estampada de estrías moradas. Había recuperado su peso después de cada embarazo sin tener que hacer dieta, pero no se había librado de llevar el mapa del metro tatuado en el abdomen. Con el niño en brazos y cada vez más sofocada, insistió en perseguir por los pasillos al dependiente de la patilla rota hasta que este se detuvo para consultar en un ordenador. Sin perder de vista a su madre, se puso al lado del chico con el bebé agarrado al pecho, quizás a una distancia demasiado corta, y lanzó al vacío tres *perdona* seguidos. Pero el chaval ni se dignó a mirarla: buscó en el ordenador lo que necesitaba y volvió a irse. Alba lo siguió. Cualquiera otra persona se habría dado por vencida, pero ella no.

El espacio era grande, diáfano, de techos muy altos. Aun así, el caos de las fiestas lo había convertido en un lugar sobrecargado y agobiante. Los productos estaban desordenados, había cajas de electrodomésticos tiradas en medio de los pa-

sillos y los clientes caminaban nerviosos, esquivándolas en busca de ayuda. Sin embargo, conforme Alba seguía al dependiente, el MediaMarkt se vaciaba para ella. Hasta que se difuminó. Cuando se ponía obsesiva o nerviosa, los lugares por los que pasaba se desprendían de objetos y de vida, se convertían en umbrales que solo atravesaba ella. En ese momento, lo único que veía era el cuello del polo del dependiente. Todo lo demás estaba borroso o a oscuras, según la intensidad de la luz. Durante unos segundos se perdió en los detalles del elástico, dado de sí y desgastado. Después la tela se emborronó, se convirtió en un topo grisáceo que se deslizaba por la negrura. Alba siguió esa mancha durante un rato, hasta que el peso de su hijo se hizo insoportable: ¿desde cuándo pesaba el niño treinta kilos? Empezaron a dolerle las piernas como cuando bebía vino. Siempre era así, cuando se sentía completamente sola, y eso podía sucederle en la calle, en casa o en un centro comercial, su cuerpo se disociaba de la realidad. Después, le dolía. Se detuvo y, tiesa en medio del MediaMarkt con el niño en brazos y la mirada hueca, buscó consuelo en una imagen mental: el viejo letrero del camping Filipinas.

Carmen la observaba desde hacía rato, ahora recortada sobre un espectacular *skyline* nocturno de Nueva York. Pero no dejó la silla que nadie había reclamado en todo ese rato, hasta que la vio detenerse. Si se hubiera levantado antes no habría servido de nada, conocía a su hija y sabía que nadie podía sacarla antes de tiempo de ese tipo de situaciones, de esos trances que la absorbían durante unos minutos para escupirla y devolverla exhausta a la realidad. Nadie podía ahorrarle esos disgustos. Cuando vio que permanecía inmóvil más de treinta segundos, se levantó y fue directa hacia ella con el carrito.

—Vámonos, ven luego tú a última hora con Juan, ya me quedo yo con los niños. —Carmen le quitó el bebé de los brazos e, intentando no despertarlo, lo puso otra vez en el cochecito.

Alba regresó, empapada en sudor, del lugar mental en el que andaba. Se quitó el abrigo, lo lanzó al suelo y se sentó encima unos segundos, con la cabeza escondida entre las rodillas flexionadas. Ni siquiera así, hecha un ovillo en el suelo, llamó la atención de los dependientes, que a duras penas la esquivaban para no pisarla. Carmen sacó un botellín de agua del bolso y se lo ofreció.

—Esta tarde tienes manualidades —dijo Alba mirando desvalida a su madre desde abajo.

—Sí, pero da igual. Hoy es lo de la copa navideña.

—Por eso digo. Te hace ilusión.

—Qué va. Me da pereza.

—Te hace ilusión, mama. Llevas hablando de la copita navideña un montón de días.

—Que no, ¡qué me va a hacer ilusión esa tontería!

—Mama, que te has comprado una camisa y te has hecho las uñas.

—Me he comprado una camisa y me hecho las uñas por las fiestas, no por las manualidades.

—Que no, mama, que te hace ilusión —insistió Alba atán-dose bien los cordones de las zapatillas.

—Va, vamos. Que se ha hecho tarde y no llegamos a recoger a los niños. Y cómprate unas bambas de invierno, que dices de mí, pero tú vas con unas bambas de lona. Y blancas, todavía más de verano.

—No. No me voy sin preguntar lo de los mandos. Llama a mi suegro y que recoja él a los niños. —Alba se incorporó con esfuerzo y cogió la chaqueta del suelo.

—A tu suegro ya no le da tiempo de subir. Mira qué hora es ya. Venga, no seas tozuda. No ves que estos días están desbordados.

Alba miró el reloj y comprobó que sí, se les echaba el tiempo encima y no había margen para que su suegro llegara al colegio a recoger a los niños. Enrolló el abrigo y lo colocó

hecho una bola en la cesta del carro. Agarró el cochecito y caminó hacia la salida de la tienda dejando atrás a su madre. Hizo entonces lo que Carmen llevaba un rato temiendo que haría, y que esta vez había tardado más de lo habitual en hacer: quejarse en voz alta. Carmen lo odiaba. Era la primera en protestar si algo estaba mal, o si a ella se lo parecía: la calidad de la comida en un restaurante, el importe de un tique de compra, el trato de algún dependiente... Y sus quejas solían ser faraónicas, algo que avergonzaba profundamente a su hija mayor y había sido muy inspirador para la pequeña. Pero no podía soportar las quejas indirectas, le incomodaban, le parecían una ordinariez.

—¡Media hora persiguiéndolo y no me mira ni a la cara! ¡Pero de qué va el niñato este! —gritó Alba—. Qué se cree, ¿que es el dueño del MediaMarkt para ir con esos humos? ¿Que es accionista? Pues no, no eres ni el dueño ni eres accionista. Eres un *matao*. Mal pagado, además.

—Tira, anda. Esta tarde vuelves —dijo Carmen, esforzándose por alcanzarla—. Y ponte el abrigo, que fuera hace frío.

—No, que lo he tirado al suelo.

—¿Cuándo lo has tirado al suelo?

—Cuando me he sentado, para no mancharme el culo.

—Póntelo que vas a coger frío.

—Que no. No tengo frío.

—Pues ten, ponte mi bufanda.

—Será imbécil el tío —dijo Alba mientras se ataba con desgana la bufanda—. ¿Que está sobrepasado? Yo también estoy sobrepasada y hago lo que tengo que hacer, no te jode.

—Va, Alba, tira.

—¡A mí tampoco me gusta mi trabajo y no trato mal a la gente! —gritó Alba según salían del MediaMarkt.

—¿Qué trabajo? —respondió Carmen, arrepintiéndose al segundo.

—Mira, cállate. Lo que me faltaba.

—A mí no me mandes callar, y menos delante de la gente. Ven esta tarde con Juan y ya está. —Carmen notó que el móvil le vibraba en el bolso. Era Diana. Se adelantó para responder y librarse de una discusión que no quería tener. Alba todavía hizo un último intento de perseguir a otro dependiente para preguntarle por los mandos.

Acababa de salir —por segunda vez— por la puerta del MediaMarkt cuando las vio. Las dos mujeres de siempre. Caminaban a varios metros de distancia, directas a ella. Alba las tenía cruzadas, les tenía auténtico pánico. No podía entender que se las encontraran siempre, fuesen al centro comercial a la hora que fuesen. ¿Estaban siempre allí? Tenían unos setenta años y eran prácticamente iguales. Llevaban peinados de otra época. Sus cabellos rígidos y ondulados enmarcaban dos rostros duros, bigotudos, sin una gota de maquillaje. Vestían de negro riguroso, como si llevaran años llorándole a alguien por inercia, obligación o aburrimiento. Y siempre iban cogidas del brazo. Con el que les quedaba libre agarraban con tanta fuerza sus bolsos que era totalmente imposible que les robaran. No había día que Alba y Carmen no las vieran pasear por el centro comercial con la misma actitud y el mismo rictus que si hicieran tiempo en la plaza del pueblo. Diana las vio una vez y le fascinaron, dijo que eran idénticas a dos personajes de su película favorita: una médium ciega y su hermana. También dijo que parecía que se habían escapado de una fotografía antigua, que seguro que en algún piso de L'Hospitalet, encima de la última tele de tubo que quedara, habría una foto enmarcada de dos siluetas blanquecinas recortadas contra un muro. Alba simplemente las llamaba «las viudas», y cada vez que las divisaba obligaba a Carmen a cambiar de ruta para no cruzarse con ellas. Una vez desandaron todo el centro comercial para no darse de bruces con ellas. En varias ocasiones habían subido las escaleras mecánicas para evitarlas. Y hacía solo unos días se habían encerrado en un lavabo diez minutos con la es-

peranza de que al salir se hubieran ido. En ese momento, sin embargo, Alba no tenía ni margen para esquivarlas ni a su madre cerca, que seguía hablando por teléfono de espaldas a unos metros de la tienda. Las viudas caminaban directas hacia ella. Alba se quedó tan parada que no tuvo los reflejos de volver a entrar en el MediaMarkt y perderse entre la gente. Tampoco se atrevió a avanzar sin mirarlas y dejarlas atrás. Cuando se quiso dar cuenta las tenía delante.

Carmen colgó el teléfono, lo metió en el bolso y buscó a Alba con la mirada dispuesta a regañarla por su demora. La vio entonces al lado de las viudas, tiesa como un palo. Agarraba con tanta fuerza el manillar del carrito que tenía las manos moradas. El bebé lloraba en la sillita con desconsuelo. Fue de prisa hacia ella al tiempo que las viudas retomaban su camino en la dirección opuesta.

—¿Qué querían?

—Mama, que me han echado un mal de ojo.

—¿Qué?

—Que una de las viudas me ha echado un mal de ojo. La bizca —contestó Alba. Una gota de sangre roja y espesa le cayó de la nariz y le manchó la bufanda. Carmen se apresuró a buscar en su bolso, sacó un paquete de clínex y le acercó uno a la cara.

—¿Qué te han dicho? Apriétate la nariz.

—Me han preguntado dónde estaba la salida.

—Bueno, se habrán despistado, esto es muy grande y están un poco chochas. ¡No eches la cabeza para atrás que es malo!

—Mama, joder, que están aquí cada puto día —dijo Alba apretándose la nariz con el pañuelo—. ¿Cómo no van a saber por dónde se sale?

—Son muy mayores.

—No tanto, eh. Deben ser como tú.

—Mira qué bien, ¿así de atractiva soy?

—¡Mama! ¡Que me han echado un mal de ojo!

—Va, anda.

—¡Te lo juro!

—Tira.

—¿En serio te parece normal?

—¿El qué?

—Que hayan venido hasta mí.

—Chica, yo qué sé. Se habrán desorientado. Dame ese pañuelo que está chorreando, pero no dejes de apretarte.

—Sí, claro, y tienen que venir a preguntarme a mí. —Cogió un clínex nuevo del paquete que tenía su madre en la mano—. ¿Por qué no le han preguntado a otra persona? ¡Se han cruzado con un montón de gente antes de llegar hasta mí!

—Ay, Alba, yo qué sé. Te deben de tener vista, estamos aquí siempre. Lo raro es que no nos saluden. No puedes pasar estos nervios cada día, te va a dar un infarto. Nos va a dar un infarto a las dos. Y le vas a contagiar el estrés al bebé. ¡Le van a salir canas! Va, vamos, que no llegamos. —Carmen se hizo con el control del carrito.

—La bizca me ha echado un mal de ojo. Lo he visto clarísimo. Me ha mirado raro. Ha arrugado la cara y me ha mirado raro, de arriba abajo. —Hizo una bolita de papel con un trozo del pañuelo y se lo metió en un agujero de la nariz. Sin dejar de apretársela para frenar la hemorragia, miró a Carmen desconsolada. Después, ignorando el consejo de su madre, empezó a caminar con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando al cielo. La bolita de papel que llevaba en la nariz se había teñido de rojo.

—¡Que es malo que eches la cabeza hacia atrás! ¡La quieres dejar recta!

—Entonces me mancho.

—Si aprietas, no te manchas. Aguanta un poco hasta que pare la hemorragia. ¿Pero te han dicho algo más?

—Cuando les he indicado dónde estaba la puerta principal, la que no es bizca me ha dicho que algún día yo tampoco sabría cómo salir.

—¿De dónde?

—¡Pues del centro comercial! ¡Yo qué sé! Joder, mama, lo que me faltaba. ¿Ahora qué hago? ¿Adónde voy?

—¿Adónde vas a qué? ¿Adónde más quieres ir ahora?

—¡A que me lo quiten!

—¿El qué?

—¡El mal de ojo! Eso se quita, ¿no?

—Ay, yo qué sé.

—Encima en Navidad. ¿Dónde te quitan un mal de ojo en Navidad?

—Y yo qué sé. ¿Dónde te lo quitan el resto del año?

—Le voy a preguntar a la tía de Juan.

—¿Por qué a la tía de Juan?

—Porque ella cree en esas cosas. Qué miedo por favor.

A Alba y a Diana les sangraba muchísimo la nariz, y esa era solo una de las alertas que les mandaba a menudo su cuerpo. También eran propensas a tener eczemas, a que les salieran orzuelos y a desarrollar alergias inesperadas que las obligaban a llevar siempre antihistamínicos en el bolso. Cuando subían de peso, el drama no era solo psicológico. Ir vestidas se convertía en un tormento para ellas: si les venían estrechos, los tejanos les dejaban las costuras tatuadas en las piernas, la presión de la tela les llenaba la piel de cardenales y las cinturillas les hacían rozaduras. Su cuerpo y su piel sabían cuándo no estaban cómodas en ellos, que era muy a menudo, y, ofendidos, se rebelaban. Lo hacían cuando les daba la gana, casi siempre sin avisar, a menudo con demasiada crueldad y sin tener en cuenta que sus razones tendrían para no estar a gusto.

Las dos se sentían muy culpables porque a sus hijas también les pasaba. «Se lo hemos pegado nosotras» se lamentaba Diana, como si se tratara de una maldición hereditaria y exótica. Por suerte o por edad, las niñas todavía no habían entrado en los universos del sobrepeso y de las erupciones cutáneas. Pero sí compartían con sus madres esa tendencia a las

hemorragias nasales. Tanto Alba como Diana habían chequeado con los pediatras de las niñas que todo estaba en orden. Los diagnósticos coincidían: «Se les reseca mucho la nariz, por eso sangran». Solo había que evitar abusar de la calefacción —algo que para Alba no era ningún problema—, poner un humidificador de aire en casa y hacerles baños nasales con suero fisiológico. Aun con esa información, ambas sentían auténtico terror cada vez que a Brisa o a Brigitte les salía sangre por la nariz.

Hacía más o menos un mes, las niñas habían sangrado a la vez dramáticamente en situaciones y lugares distintos. Para todo el entorno familiar, había sido una casualidad a la que no había que dar más importancia, al menos eso les habían transmitido a Alba y a Diana para no alimentar su angustia. Pero para ellas había supuesto un gran impacto y lo habían comentado durante días. A Brigitte le pasó haciendo gimnasia artística, subida en la barra de equilibrio. Alba estaba con otras madres en las gradas del gimnasio viéndola entrenar. Desde su posición, veía el perfil derecho de su hija. Brigitte subió a la barra con agilidad y empezó a hacer sus ejercicios con la elegancia que la caracterizaba. Caminó dos pasos, haciendo movimientos con los brazos. Dio un salto y cayó sobre la barra en un equilibrio perfecto. Se preparó para hacer un remontado. Como cada vez que se quedaba a ver el entreno, Alba se reconoció en la fisonomía de la niña cuando tenía su edad. Nunca fue tan atlética como Brigitte, que entrenaba desde los cuatro años y ya llevaba uno haciéndolo cinco días a la semana. Pero se recordaba muy parecida a su hija: las piernas largas, la curva de la espalda, el culo respingón. Volvió a preguntarse por qué, pese a su deseo y a su potencial para el deporte, Carmen nunca cumplió la promesa de apuntarla a gimnasia artística. Todo el mundo celebraba sus piruetas, aplaudía sus verticales y sus ruedas, pero nadie hizo nada para animar a sus padres a llevarla a alguna escuela. Se despistó un momento buscando un botellín de agua en el

bolso y, cuando volvió a mirar, vio a Brigitte temblorosa en la barra y con las manos en la cara. Intentaba mantener el equilibrio, pero su cuerpo se sacudía y se lo ponía difícil. Tenía el escote del maillot, blanco con ribetes plateados, empapado de sangre. Algunas gotas habían manchado la barra y salpicado la colchoneta que había debajo. A Alba no le dio tiempo ni de gritar cuando dos entrenadoras ya habían llegado hasta Brigitte para asistirle. Una cogió a la niña en brazos y salió corriendo con ella. La otra las siguió, mirando continuamente al suelo, más preocupada por que no se manchara el enmoquetado de las instalaciones que por el estado de Brigitte. Dejaron un caminito de sangre a su paso, una hilera de gotas rojas y espesas decoró los tres metros de moqueta beis que separaban la barra de equilibrio de las gradas.

Alba, que no sabía si su hija se había dado un golpe cuando ella no miraba, corrió hacia ella saltando por encima de las sillas de la gradería. No estaba en forma, pero conservaba cierta agilidad. Cuando llegó, la misma Brigitte le contó, con voz gangosa porque se apretaba la nariz con un pañuelo, que la sangre había salido sin avisar, que no se había dado ningún golpe. A Alba le flaqueaban las piernas mientras exploraba a Brigitte, sin hacer caso a las entrenadoras, para comprobar que no se había hecho nada. La hizo levantarse y caminar unos pasos en línea recta. Le miró bien la cabeza, la cara, las orejas, la nariz. No parecía haber ninguna contusión, ninguna herida. Pero Alba no podía dejar de temblar al ver a su hija así. Estaba familiarizada con las hemorragias nasales espontáneas, pero esa en concreto escapaba a su comprensión. No podía entender por qué Brigitte estaba toda manchada de sangre, por qué parecía una pequeña asesina en serie. Por muy rápido que se extendiera la sangre en la licra, no tenía ningún sentido que cada milímetro de tela que cubría a su hija, incluso la espalda y las mangas del maillot, fueran de color vino. Ni que tuviera las piernas teñidas, por delante y por detrás. Se sentó al

lado de Brigitte y se bebió de un solo trago el botellín entero de agua que no había llegado a soltar. Las dos entrenadoras, calladas y blancas como si hubieran visto a un fantasma, miraban a madre e hija alternándose e intentaban calmarlas con sonrisas poco tranquilizadoras. Ellas tampoco tenían manera de explicarle a Alba por qué la niña y su maillot de fantasía se habían vuelto granates en el breve trayecto entre la barra de ejercicios y las gradas del gimnasio. Ni entendían por qué la que había llevado a Brigitte en brazos estaba impecable, no se había manchado ni el chándal ni las manos con la sangre de la niña.

Esa misma tarde, mientras su prima entrenaba, Brisa dormía en su cuarto. No era lo habitual. Siempre aguantaba despierta desde que salía del cole hasta la hora de dormir, pero estaba resfriada y, como la noche anterior se había despertado varias veces, se la veía cansada. Se había quedado dormida en el sofá, y a Diana le supo mal despertarla. La llevó a su habitación —aunque sabía que ya no aguantaría dormida toda la noche y eso les alteraría los horarios—, y salió al comedor para aprovechar ese rato inesperado de silencio en casa y enviar unos mails. No había pasado ni media hora cuando vio a Brisa entrar en el salón y caminar hacia ella. Tenía la cara y la camiseta manchadas de sangre, y el pelo enmarañado como si se hubiera peleado con alguien o con algo. Diana, que estaba sentada en el sofá, dejó rápido el portátil encima de la mesa y corrió hacia ella. Asustada, la sentó y la observó nerviosamente. Le preguntó si estaba bien, si le dolía algo. Le temblaban las manos y la voz. Le miró, a conciencia pero con delicadeza por si le hacía daño, la cabeza y los oídos, y le pidió que abriera la boca por si se había roto algún diente. Comprobó que tenía recto el tabique nasal. Todo parecía estar bien, no había ningún golpe visible. Lo más probable era que le hubiera salido sangre por la nariz mientras dormía, pero ya no había hemorragia, Brisa había dejado de sangrar. Al echarle la cabeza ha-

cia atrás para terminar de examinarla, Diana vio que tenía un tapón de sangre reseca en uno de los agujeros. Sin dejar de preguntarle cosas para asegurarse de que iba todo bien, corrió al baño a buscar papel higiénico, suero fisiológico y bastoncillos de los oídos. Se vio de reojo en el espejo mientras trasteaba en las estanterías del lavabo y los neceseres en busca de lo que necesitaba. Al fijar la vista en su reflejo, vio que estaba pálida, descompuesta del susto. No pudo soportar su propia imagen y dejó de mirar. Respiró hondo apoyada en el lavamanos y volvió al salón. Se arrodilló al lado de Brisa y la ayudó con dulzura a sonarse.

Al retirar el clínex, vio que algo asomaba por un orificio de la nariz de Brisa. Algo oscuro y espeso. Parecía un coágulo. Lo pinzó suavemente con el pulgar y el índice y tiró de él con cuidado para sacarlo sin que estallara entre sus dedos. Temió marearse al ver que tiraba y tiraba y no se acababa nunca. Estuvo así unos segundos. De la nariz de Brisa, que analizaba en silencio el rostro de su madre con los ojos muy abiertos, salió un coágulo carmesí que Diana fue colocando en su antebrazo para verlo bien, para ver hasta dónde llegaba. Cuando consiguió liberar a Brisa de esa sangre, Diana, totalmente en shock, contempló el coágulo que se extendía desde la palma de su mano hasta el final de su antebrazo. Se apoyó en la mesa y, con cuidado, giró el brazo para dejarlo caer sobre la superficie. Le extrañó que no se rompiera en ese movimiento, que no explotara. Rebuscó en la mochila del cole de Tomás y sacó del estuche una regla. La desplegó y la colocó al lado del coágulo: treinta centímetros. Asustada por su propio ritmo cardíaco, cogió el iPhone con intención de hacerle una foto y enviársela por WhatsApp al pediatra de Brisa, también para dejar testimonio de algo que sabía que contado iba a sonar raro, exagerado. Con los nervios, no se dio cuenta de que la cámara estaba puesta en modo vídeo y empezó a grabar. Vio entonces por la pantalla cómo el coágulo, esa babosa larguirucha que se había

alimentado de su miedo y de la sangre de su hija, se deslizaba por la mesa hasta salir del plano. De la impresión, se le cayó el móvil y fue a parar sobre la alfombra. El vídeo que acababa de grabar se reprodujo solo: en las imágenes el coágulo estaba donde ella lo había puesto, quieto al lado de la regla de plástico de Tomás. De fondo, su respiración acelerada.

Diana y Alba durmieron mal esa noche y las noches que siguieron. El malestar las arrolló y la culpa se les extendió en el estómago con la misma rapidez que la sangre sobre el maillot de Brigitte, con la misma consistencia que el coágulo que Diana sacó impaciente de la nariz de Brisa. Ninguna de las explicaciones que les dieron los pediatras, las profesoras de gimnasia artística, Carmen, Carlos o Juan les sonaron convincentes. Nada les servía de explicación o consuelo. No solo porque las dos situaciones hubieran sido horribles, escandalosas e incomprensibles, sino porque les habían sucedido a sus hijas, no a las de otras, y les habían sucedido estando solas con ellas y exactamente al mismo tiempo.